

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.	Baja de S. Pedro, 30 Se publica los Jueves	En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2. Madrid: Barquillo, 5.º pral., int. -Alicante: S. Francisco, 28, dup.

SUMARIO.

¿Qué podré decirte? (A Pepita.)—La Providencia.—El Egipto sacerdotal.—¡Pobrecita!—Suscripcion.

¿QUE PODRÉ DECIRTE?

(A PEPITA.)

Hija mia: Hace algun tiempo que tu buen padre me dijo que abrigabas un deseo, querias que yo te dedicase un artículo: como no te conocia, pregunté quien eras, y tu padre me hizo tu panegírico diciendo así:

«Los que conocen á mi hija Pepita, de 21 años, ven en ella la sencillez de una niña de ocho primaveras tratándose de interpretar ciertas cosas para las cuales se necesita emplear la malicia que no conoce: de temperamento nervioso es esquisita su sensibilidad, y todo espectáculo triste la conmueve profundamente. Los trapos que en general son el encanto de las jóvenes de su edad, para ella son indiferentes, y careciendo de lo mas preciso en su clase, se le ha visto dar una camisa nueva á una pobre que ha llegado á la puerta; su pan, mas de una vez lo he visto pasar de la mesa al primer pordiosero que ha llegado; y por último, ella no comprende y le parece muy raro y extraño que existan pobres habiendo ricos.»

Ante tan bella pintura me detuve; me inspiraste simpatía, y esperé una ocasion propicia en que te pudiera decir algo puro y agradable como tú; no queria hablarte de penas, queria contarte algun episodio verídico que estuviese en armonía con tu delicado sentimiento; y felizmente, voy á relatarte un sucedido, como dicen los niños de nuestra encantadora Andalucía.

En Marzo ó en Abril del año actual, el cajero de un Banco de la rica ciudad de J. cerró la caja dejando como de costumbre las puertas de la habitacion, donde aquella se hallaba, cerradas únicamente con el pestillo.

El empleado F. L. encargado de hacer la requisa, entró en el aposento donde se guardaban los caudales y encontró sobre el mostrador un monton de billetes de banco que importaban mas de cinco mil duros; cerró la puerta y subió á la habitacion del Director á quien le pidió lo acompañara á la caja; aquel accedió, y F. L. le presentó la cantidad que se habia dejado olvidada el cajero; el Director le dijo que no dijera nada, hasta ver si el cajero echaba algo de menos, y recogió los billetes.

Pasaron dos dias sin que el cajero notase la falta, y entonces el Director le entregó los cinco mil y pico de duros, diciéndole:—Abí tiene V. esa cantidad que gracias á la honradez de este buen empleado no se ha perdido V. en el caos de la deshonra; y dirigiéndose á F. L. le dijo:—Desde hoy tiene V. aquí casa y colocacion para siempre lo mismo que su hermano, que así deben recompensarse las acciones de los hombres honrados, quedando autorizado para arreglar el personal del establecimiento como mejor le acomode.

F. L. y su hermano viven con sus respectivas familias dentro del Banco, siendo respetados y atendidos de todos los empleados de la casa.

¡Cuán bueno es ser bueno, hija mia! F. L. me consta que vivía muy pobremente y que mas de una vez habia mirado con tristeza las brumas que envolvian su porvenir; y gracias á su probidad, no solo ha asegurado su subsistencia sino que ha conseguido hacer participe á su hermano de su prosperidad. Si el hombre estuviera mas educado, por cálculo siquiera cumpliria con su deber; porque el goce mas grande que puede tener el espíritu es cuando ejecuta una buena accion.

Vulgarmente se dice, que casi todos los beneficios son pagados con ingratitudes, y que por consiguiente el bien que hacemos nos proporciona sérios disgustos; y á esto decimos que no estamos conformes con dicha apreciacion; creemos por el contrario, que el bien que hacemos siempre nos brinda sus consecuencias goces inefables: la primera impresion es divina; todas las riquezas del mundo son impotentes para ofrecer al hombre el goce que este experimenta cuando hace una buena accion.

Siempre recordaré lo que me contó hace algunos años una noble mujer que ya dejó la tierra.

Cuando conocí á Julia, ésta atravesaba una de esas crisis terribles que suele tener la vida de los pobres: se dedicaba á coser para vivir, y por multitud de circunstancias se atrasó tres meses en el pago del alquiler del pequeño y sombrío aposento que habitaba; como consecuencia natural, la dueña de la casa le dijo que se mudase, y Julia se encontró en medio de la calle sin saber que hacer; ella comprendia perfectamente que si daba algun dinero la dejarían en la habitacion algunos dias mas, y se decidió á pedir auxilio entre las varias familias á quienes le trabajaba; pero como un pobre inspira tan poca confianza, Julia llamó á varias puertas y casi todas permanecieron cerradas; al fin, como último recurso, llegó á casa de una señora á quien apenas conocia, le contó sus apuros y la señora compadecida le dió dos pesetas sin mirar las monedas que le entregaba. Julia las tomó y sin mirarlas tampoco las guardó en el portamonedas y se despidió. Cuando estuvo en la calle, segun ella me contó, dice que experimentó una sensacion desconocida, su cabeza ardia, le parecia que alguien le hablaba al oido, se arrepentia del paso que habia dado de ir á pedir dinero á una persona poco menos que desconocida, y maquinalmente abrió el portamonedas para ver el dinero con que contaba, y al verlo sintió un sacudida terrible porque sin duda, por una equivocacion, la señora en vez de darle dos pesetas le habia dado una peseta y una moneda de cinco duros.

Si el diablo existiera, se podia decir que en aquellos instantes Satanás atormentó á Julia con la tentacion mas halagadora; la infeliz se veia en la calle, comprendia perfectamente que no pagando se quedarian con sus escasos muebles en rehenes, y si entregaba aquellos cinco duros á la dueña de la casa suspendia el conflicto y ganaba tiempo, y en los pobres ganar dias es vivir; pero al pensar así sentia un dolor tan agudo en el corazon, respiraba con tanta dificultad que queria andar y no podia; durante algunos segundos estuvo indecisa, y esta indecision la atormentó de tal modo que tuvo que apoyarse contra la pared, quiso llorar y no pudo, y como si huyera de alguien que fuese tras de ella, echó á correr y volvió á la casa de donde habia salido entregando á la señora la moneda de oro que inadvertidamente le habia dado.

La señora estrechó su mano y le dijo:—Julia, no acuse á la fatalidad diciendo que vive sumida en la indigencia, una mujer como V nunca es pobre.

Cuando Julia se vió en la calle un raudal de lágrimas brotó de sus ojos, lloraba de alegría, habia sido mas fuerte que la tentacion de Satan (como diria una beata); la miseria, que tan mala consejera es para el hombre, no consiguió hacerle perder su dignidad, y Julia sufrió tranquila todas las consecuencias que traen consigo esas horribles crisis de la vida, hasta que la venida de un hermano suyo puso término á su afflictiva situacion.

Aun me parece verla y oirla cuando me contaba sus muchas penas; al llegar al suceso que te he referido, su rostro se iluminaba, su mirada siempre triste adquiria extraordinaria brillantez, y decia con entusiasmo:

—¡Qué feliz seria el hombre si siempre cumpliera con su deber! si nunca descendiera, ¡qué vida tan hermosa seria la suya! su goce seria continuo. Créeme Amalia, debemos compadecer muchísimo á los criminales, porque deben sufrir horriblemente; en cambio el recuerdo de una buena accion nos acaricia toda la vida, se mira uno á sí mismo con inexplicable satisfaccion, se experimenta un placer que no se parece á

ninguna de las sensaciones conocidas. Y Julia en esto decia la verdad.

Sí, hija mia; así como en la culpa está el castigo, en la práctica del bien está la recompensa. Entre las personas mas ricas que he conocido, recuerdo á una señora anciana que conocí en San Sebastian, su trato afable y expansivo me hizo intimar bastante con ella, y hablando una tarde de lo mismo que te hablo en este artículo, me dijo Dorotea: Nadie mejor que yo puede decir que toda buena accion tiene su recompensa. Aquí donde V. me vé con tantas riquezas que yo misma ni sé lo que tengo, he sido muy pobre, y no un dia ni dos, sino mas de cuarenta años; mi padre era pescador de los mas infelices, mi marido marinero, que murió en el mar dejándome cinco hijos, de estos, se me murió el mayor que era la luz de mis ojos y mis piés y mis manos, porque era muy trabajador; cuando se murió yo no sé lo que sentí, estaba como loca, le acompañé al cementerio, le ví enterrar, y al volver á mi casita se desencadenó una tempestad tan horrorosa que parecia el fin del mundo. Un vapor inglés entraba en aquellos momentos en el puerto con tan mala suerte que todos sus palos se hicieron astillas, y se fué á fondo muriendo toda la tripulacion incluso el capitan y varios pasajeros; unas cuantas familias de pescadores presenciaron aquella desgracia; entre los náufragos que logramos salvar, yo salvé á un niño de unos cinco años, mas hermoso que el Sol, pero ni él me entendia á mí, ni yo á él porque era inglés; ninguno de los pasajeros supo decir quién era aquel niño, únicamente sabian que habia sido encargado el capitan por un sacerdote, y le supliqué al Cónsul inglés que lo dejase á mi cuidado, hasta que alguien de su familia lo reclamara. Accedió el Cónsul á mi deseo y me quedé con el niño que fué la alegría de mi pobre casa, porque mis hijos le querian mucho, y los pobrecitos, como le veian tan delicado y tan bonito (porque era una criatura preciosa), para ellos era un ángel bajado del cielo y se complacian en acariciarle, y para que lo quisieran mas yo les decia que lo habia enviado el alma de su hermano y que mientras mas buenos fueran con el niño extranjero, menos tiempo estaria su hermano penando en el purgatorio. Para no cansarla le diré que pasaron ocho años sin que nadie preguntara por el niño á quien le decíamos Guillermo, ¡por conocer yo á varios ingleses que llevaban este mismo nombre.

Guillermo me queria con delirio, y mis hijos y yo le mirábamos como cosa propia, pero al mismo tiempo con cierto respeto. Yo le hacia ir á la escuela mientras mis hijos y yo trabajábamos en la playa, y siempre estaba yo á media racion porque Guillermo se alimentara mas y tuviera buen color y alegría.

Una tarde, ví con gran extrañeza un coche de camino que se paró delante de mi pobre casa; justamente Guillermo y mis hijos estaban jugando á la puerta, bajó una señora del coche y arrojándose sobre Guillermo comenzó á besarle con un frenesí, que al momento me figuré que era su madre; y no me engañé. El ver el gozo de aquella mujer me recompensó de todas mis privaciones.

Guillermo no sabia lo que le pasaba, porque para él su madre era yo; y fué tan bueno que no quiso separarse de mí; siempre decia que él tenia dos madres. Hijo de un amor muy desgraciado, su madre tuvo que esperar á que muriera su anciano esposo para recorrer el mundo buscando á su hijo; los míos encontraron en ella una madre, ella les dió la educacion que yo no pude darles, y hoy los cuatro pertenecen á la marina mercante.

La madre de Guillermo murió dejando su inmensa fortuna dividida en seis partes una para su hijo y las cinco restantes para mis hijos y para mí. Cuando murió, la sentí tanto como á mi hijo, porque no puede V. figurarse lo cariñosa que era para mí. Todas las mañanas me llevaba al cuarto de Guillermo, le contemplábamos las dos como dormia, y me abrazaba diciendo:—¡Cuánto te quiero, Dorotea! si supieras cuánto he llorado por mi hijo.....! No puedes comprender cuánto te quiero!

Ya vé V. si Dios me ha recompensado lo que hice por Guillermo, que nunca se ha querido separar de mí, ni cuando se casó; sus hijos me dicen abuela, y nunca está mas contento que cuando me lleva del brazo. Bien dicen que Dios da ciento por uno; ocho años trabajé para Guillermo, y hasta me privé del alimento necesario, pero despues he sido y soy completamente feliz, porque tengo asegurado el porvenir de mis hijos y de mis nietos puedo amparar á muchos pobres, me veo querida de una numerosa familia ¿quién mas feliz que yo?

Efectivamente; Dorotea era dichosa porque recogia el fruto de la semilla que habia sembrado: recoger á un huérfano es la obra mas meritoria que el hombre puede hacer en este mundo, y tratarle con las consideraciones que Dorotea trató al niño extranjero, mucho mas; porque generalmente el pan de la caridad suele ser muy amargo, *alimenta pero no nutre*, como decia Fernan Caballero. Siempre se trata al desgraciado con cierto desvio, y Guillermo encontró en su familia adoptiva respeto, cariño y hasta veneracion, porque reconocian en él cierta superioridad que ellos no se explicaban, y trabajaban para él con verdadera abnegacion.

Hija mia: al dirigirme á tí, he querido recordar algo puro y delicado que tuviese semejanza con tu carácter.

Tu dices, que no comprendes como existen pobres habiendo ricos, de consiguiente te deberán ser simpáticos los hechos que te he referido, porque las almas buenas simpatizan con todo lo que es grande y noble.

Adios, Pepita, modesta violeta de los hermosos jardines de Andalucía, tú vives en la oriental Sevilla, tú aspiras el perfume de sus flores, tu cuna se ha mecido á la sombra de sus limoneros y me parece que eres algo mio.

Te quiero porque eres buena, te admiro porque te interesas por los pobres, y deseo que si mañana unes tu suerte al hombre que elija tu corazon, este sea para tí el marido que te ame y el padre que te proteja.

¿Qué mas podré decirte?

Que todo en torno de tu hogar sonria,
qué goces de dulcísima quietud,
que si á la ancianidad llegas un dia,
de tus nietos la plácida alegría
te recuerde tu hermosa juventud

—
¡Vive para querer y ser querida!
¡vive que será grande tu mañana!
que los que el bien difunden en la vida
en recompensa justa y merecida
¡son las lumbreras de la raza humana!

—
¡Son esos génios de saber profundo!
¡son esas almas de virtud modelos!
¡son del amor el manantial fecundo!
¡son los astros que alumbran este mundo
con la divina luz que hay en los cielos!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LA PROVIDENCIA.

¿Quién desconoce la Providencia? ¿Quién negará la omnipotencia de Dios? ¿Quién que estudie las innumerables páginas del gran libro de la Naturaleza, no admira la infinita sabiduria del Hacedor, foco grandioso sobre el que giran los mundos trazando las elípticas del bien supremo? La Creacion, ¡oh! la Creacion! presenta tantas sublimidades donde el espíritu investigador puede abismarse, que para describir sus bellezas, sus armonías, es necesario poseer la inspiracion de Safo y la filosofia de Sócrates. ¿Quién no experimenta un vivo placer al ver á los alegres habitantes del aire? ¿Quién no escucha con embeleso sus deliciosos conciertos, sus arrobadoras melodias? Las aves, dice un sábio naturalista, no son únicamente los moradores del aire sino que embellecen tambien todos los climas, todos los sitios, los bosques, las rocas, la mar, las florestas y hasta los desiertos se animan con sus cantos. Hay aves terrestre, acuáticas y aéreas; las unas han sido criadas para la noche, las otras para el dia, y esa tropa volátil parece haberse dividido la Naturaleza de la cual el hombre se hizo rey.

El ruiseñor canta la primavera al rededor de la tierra, las gaviotas siguen las tempestades al rededor del océano. ¿Pero qué utilidad reportan las avencillas? Todo se enlaza en la Naturaleza; la tierra y el aire son dos mundos diferentes y no obstante la existencia del uno depende de la del otro. Las aves descienden á las campiñas para purgarlas de insectos, y de reptiles venenosos. ¡Cuánta misericordia! ¡cuánta prevision! Cuando las aguas del Nilo se retiran ¿qué seria de la tierra de los Faraones, del país de las pirámides, si aves bienhechoras no limpiaran de inmundos reptiles sus tierras húmedas? ¿Quién no se siente arrebatado de amor hácia el divino autor de cuanto existe? Su Providencia vela sobre todo; adoremos su Providencia.

El aire, flúido sin el cual la Naturaleza no desplegaria su manto de espléndida hermosura, sin el que no existiria ni el reino animal, ni el vegetal, ha sido considerado por los antiguos, como un cuerpo simple, esto es, como un cuerpo formado por una sola clase de moléculas. Lavoissier sometió el aire á sus esperiencias, y halló que este flúido era una mezcla de dos gases de principios antagónicos, que complementándose mutuamente producen los inmensos beneficios que dispensan á la Creacion. Un gas mefítico de principios mortíferos unido á un gas activo, separados nos hubieran dado la muerte, reunidos alimentan la vida. ¡Admiremos la bondad del que los ha medido con tal exactitud que el mas ligero cambio traeria sobre nosotros una inevitable destruccion! ¡Sublime y magestuosa armonía del Universo; todo en él está equilibrado. Los cielos, la tierra, las plantas, todo concurre al bienestar de un átomo-perdido en el espacio! Era necesario, dice un sábio, toda la abundancia de las aguas para mantener lozana y risueña á la Naturaleza; bajo el soplo de Dios se abrió una gran hoja y cubrió las tres cuartas partes de la tierra con su raudal de vida. Era necesario el movimiento para impedir la corrupcion de las aguas, y mantener la abundancia sobre nuestro globo. El Eterno dotó á otro globo satélite del nuestro de la facultad de producir este movimiento. ¡Cuán grande es su misericordia! ¿cómo dejar de admirar la prevision, la inefable bondad del Criador? La aurora ó crepúsculo matutino que procede á la salida del astro del dia como así mismo el vespertino á su desaparicion, han sido creados para embellecer con sus poéticas tintas nuestras mañanas, y engalanar con su luz indecisas nuestras tardes, uniendo así admirablemente lo agradable á lo útil, elevando y descendiendo gradualmente para nosotros, los tonos de su esplendente sol que nos cegaria, si bruscamente hundiera su ojo de fuego en nuestra admirable cámara óptica. ¡Oh Providencia, yo contemplo tu misericordia infinita en la creacion, y mi alma se engrandece al vislumbrar sus armonías y en ellas me revelas la inmortalidad de mi sér.

Todo en la gran Creacion canta el amor con armónico lenguaje: desde el astro que obedeciendo á sus leyes rueda por el éter, hasta el átomo inapreciable en el espacio. Admiremos la sabiduría del excelso sér increado y creador. Adorémosle en el vasto templo de la creacion, porque la Creacion revela al hombre observador ideas altamente filosóficas que le evidencian los beneficios que le dispensa la Providencia.

Estudiemos, investiguemos. Del trabajo de hombres estudiosos ha resultado la geología, que penetra hasta las entrañas de la tierra, y á través de sus capas, sorprende sus secretos. El conocimiento no se adquiere sin trabajar asiduamente. El suspirado secreto del saber, verdadera piedra filosofal, solo puede adquirirse por medio del trabajo que es el santuario de la virtud. Trabajemos con fé y el éxito mas completo coronará nuestros esfuerzos. Trabajemos, que como dice César Cantú, en el trabajo está el reposo y en el reposo está el trabajo.

ISABEL PEÑA.

Cádiz.

EL EGIPTO SACERDOTAL.

En el confuso y revuelto caos de las primeras edades columbramos inmóvil el despótico Oriente y la teocrática India de los *puranas*, aquella religion, aquella sociedad que á través de los siglos lleva hasta nosotros la poética descripcion geográfica que hiciera de la tierra, presentándola á las poblaciones indias bajo la metafórica y se-

ductora forma de una bellísima y gigantesca flor de lótu—el divino emblema del amor antiguo—meceándose dulcemente en el mar, figurando en un pistilo el *Merou* ó Monte Sagrado y cediéndole como fantásticas y enormes hojas, las siete supuestas islas, que bañaron las oceánicas ondas.

Después, casi á raíz del panteísmo indio vemos surgir magestuoso de las solobres olas al primitivo Egipto, á manera de hermoso pebetero dispuesto á esparcir como un perfume celestial por el mundo antiguo, los nebulosos dogmas del Oriente. ¡El Egipto! Su venerable perfil medio borrado por el paso destructor de las edades, aun nos recuerda aquellos remotos tiempos, durante los cuales á la sombra de sus inmensos monumentos, meciera con cariñosa solicitud la frágil cuna del género humano que le confiara el Asia, la madre universal y augusta de las razas.

La primera civilización de los pueblos egipcios, fué, á no dudarlo, oriental y si al pasar de las orillas del Ganges á los valles del Nilo se transformó algun tanto, no por ello dejaron ambas castas de guardar sus analogías.

El primitivo Egipto, el Egipto sacerdotal se considera el pueblo mas supersticioso y cruel de la antigüedad, su doble y africana divinidad Isis Osiris, principio de toda vida, es el mito mas bello y positivo que han producido las religiones, pero tambien á causa de la influencia que la superstición ejerciera entre los egipcios, las esculturas que adornan la tumba de Osymandias, la gran sala sepulcral de las ruinas del Tébas, las cariátides de Egipto y el edificio de Karnac, han legado á la posteridad el recuerdo de su crueldad para con los vencidos.

Mientras los egipcios fueron regidos por la casta sacerdotal que se apoyaba á su vez en la de los guerreros, el Egipto permaneció extraño por completo al movimiento progresivo de los demás pueblos, puesto que para ellos la religion era solo un motivo de aislamiento, y encerrados en los valles que fertiliza el Nilo, odiando el mar por insidioso consejo de sus sacerdotes, sin abrigar jamás la idea de salir de su país, bien puede decirse que á parte de los principios que recibieron de la raza ária, su civilización nació en su mismo suelo, desarrollándose durante largo tiempo en el centro del Egipto, sin trascender en lo mas mínimo al exterior.

Mas todo lo que el Egipto sacerdotal nos presenta de mezquino y avaro, contrasta notablemente con la era gloriosa que inauguró Psamético al efectuar la revolución de las ideas antiguas, permitiendo á las tribus de los jónios y carios establecerse en su país. Ante aquella medida que rompía abiertamente con las tradiciones por largo tiempo respetadas hasta el fanatismo, los sacerdotes y los guerreros se sublevaron y promovieron numerosos disturbios, comprendiendo que se les escapaba el poder que por espacio de tantos siglos habian ejercido sobre la raza egipcia, pero Psamético fué inflexible; aquellas dos castas que representaban una sociedad moribunda y unas instituciones caídas, emigraron hácia la Etiopia y la sombría quietud del Egipto teocrático fué reemplazada por la bulliciosa animación que despertaba el comercio al penetrar en las ciudades egipcias por sus vírgenes vías de comunicación.

Solo al extinguirse las castas sacerdotales y guerreras fué cuando empezó la verdadera vida de los pueblos egipcios, las naves extranjeras como una bandada de palomas remontaron el Nilo y á cambio del pórforo, el tegido y los granos que les diera el Egipto, dejaron amontonados en sus riberas, el Africa el oro, el ébano y la sal, la India sus especies, la Fenicia sus vinos, la Arabia el incienso; los pueblos egipcios se metamorfosearon por completo al despojarse de aquella fisonomía egoísta con que los caracterizaron sus castas, y la jóven egipcia de ojos negros y ardientes, de color cobrizomate, de movimientos airosos, naturaleza exuberante y contornos estatuarios ofrecia amorosa y sonriente á los artistas griegos, junto á los muros de Tébas, la dulcísima agua del Nilo prisionera en la hermosa ánfora del Egipto, mientras que en el interior de los templos, bajo sus venerandas bóvedas resonaba la armoniosa lengua griega, deliciosamente mezclada con las varias acentuaciones de los dialectos jónico, dórico y ático, á manera de rítmica modulación, de encantador preludio, del fraternal concierto que para el porvenir preparaban las razas.

La Fenicia y la Judea adoptaron algunos titos egipcios y la jóven y risueña Grecia al tomar del viejo Egipto los elementos que le faltaban para completar su personalidad, le puso en contacto con el resto del mundo antiguo, para que ni un solo instante, desmintiera su hermosa misión en la historia aquella admirable raza, que

diera artísticas formas al dórico Apolo á la ateniense Palas y al asirio y fantástico Adonis ¡poética encarnacion de la bellissima lágrima que vertiera la amorosa Salambó la inconsolable Myrra, la tierna y fogosa mujer asiria!

La filosofía griega se robusteció con el auxilio de la sabiduría egipcia; Ferecides, el maestro de Pitágoras, arrancó la inmortalidad del alma del fondo misteriosísimo del Egipto y Platon mismo, al adornar con álas las almas perfectas, copió el ave simbólica de aquel país; el Fénix egipcio.

Solo emancipándose así del imperio avasallador de las castas sacerdotales y guerreras, logró el antiguo Egipto comunicar su civilizacion á los pueblos extranjeros y de recibir de ellos los elementos que toda sociedad, que toda agrupacion necesita, y aunque mas tarde el ejército persa acaudillado por Banbues avasalló el imperio de los Faraones, obligando á los pueblos egipcios á tolerar una religion, al lado de la religion indigena; siguiendo la ley irresistible del progreso cuando Alejandro de Macedonia señaló el sitio donde debia edificarse la ciudad que lleva su nombre, los egipcios se convirtieron en griegos, porque aquella raza habia cumplido ya su mision, y se preparaba á desaparecer de la escena del mundo dejándonos únicamente el recuerdo del poderoso esfuerzo que hiciera para mezclarse con la civilizacion de su tiempo, al salvar el límite de la supersticion de sus castas le habia impuesto.

Hoy todo ha cambiado; el paso destructor de las edades ha relegado al olvido de aquellas civilizaciones, el Egipto moderno es solo el venerando panteon de la antigüedad, el gigantesco libro, cuyas páginas de piedra nos hablan de pasadas épocas; y al fijarnos en las ruinas de sus antiquísimos templos, al abismarnos en la contemplacion de aquellos monumentos que han resistido impávidos la aurora y el ocaso de tantas generaciones, creemos que á su alrededor flota algo conmovedor, augusto y sublime, algo parecido á un himno que concebido por el pensamiento, el respeto lo lleva á los lábios convertido en un imperceptible murmullo de admiracion; detenemos un momento nuestro paso para considerar que allí concentrará un dia la humanidad todas sus aspiraciones, y junto á los inmensos sarcófagos que guardan los restos de los reyes egipcios creemos distinguir la augusta sombra de la historia que se complace en repetir amorosa á nuestros oidos el último y misteriosísimo eco de aquella remota civilizacion.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

¡POBRECITA!

Siéntate aquí á mi lado, mas cerca, de manera que las palabras salgan sin esfuerzo de mis lábios y lleguen queditamente á tu alma sin apenas resonar en los oidos: tengo miedo de que te hagan mal.

Espera: ese piano abierto me parece una boca que se rie de nosotros enseñándonos sus dientecillos blancos; ciérralo. Y los bullones de aquellas cortinas plegadas, me parecen cien ojos que nos miran; córrelas.

¡Cómo se apagan los ruidos en este gabinete! Yo amo el invierno porque es un pretexto para alfombrar y tener cerrados los balcones sin que de noche salga la luz por los cristales, como diciendo: «aquí hay gente.»

Y, además, porque estás á mi lado mas tiempo, temeroso del penetrante frio que hasta aquí mismo pasa, luchando con las menudas llamas en la chimenea.

Cuando ese relojito que descansa sobre el mármol del tocador, al pié del espejo, hace vibrar el agudo timbre con doce golpecitos apagados, soy toda oidos esperando de un momento á otro apercibir tus pasos en la calle. Y cuando escucho el morder de la llave en la cerradura y oigo como la puerta gira cerrándose detrás de tí, me complazco en mirar por la vidriera el farolillo del sereno que vuelve la esquina, y vacilo entre salir á recibirte en la escalera ó aguardarte en este sitio.

Casi siempre concluyo por sentarme en el divan, acomodándome de modo que la pantalla evite la luz sobre mi rostro; y gusto de ponerme muy seria, para que, entrando, al abrir la puerta del gabinete te halles conmigo de frente y, en viéndome, digo para mis adentros: «¿Qué tendrá?»

Conozco cuando te dices eso, porque llegas á mí y observas mi rostro inclinándote como para hacerme una reverencia: entonces me pongo mas seria y te huyo los ojos, mordiéndome los labios, hasta que no puedo sufrir más tu mirada, y suelto á reir mientras me cojes las manos y me levantas del asiento llevándome á tus brazos.

Hoy no podré esperarte: ya lo ves. Empieza á caer la tarde y se van cerrando mis párpados: parece que estoy sintiendo la impresion de tus dedos cuando te complaces en verme incomodada, empeñándote en cerrarme los ojos para que no te mire.

Por esto quiero tenerte mas tiempo cerca de mí; voy á pasar muchas horas sin darme cuenta de tu presencia.

Estoy fatigadísima y tienes de ello la principal culpa. Con decirte que no he puesto en orden mi traje de ayer, comprenderás hasta que punto cansóme la fiesta. Mira el vestido arrugándose encima de aquella butaca, sobre el abrigo sin doblar. No vuelvas á llevarme á baile de etiqueta.

Quiero mejor hablar contigo, preparándote el café sobre el velador enfrente de la lumbre: y es que siempre tengo que decirte algo nuevo.

Mira: entre mis juguetes tengo un kaleidóscopo; tu me has dicho que se llama así ese tubo metálico con un cristalito para mirar, por dentro, multiplicados prismas de colores, que dan vueltas y vueltas á placer de la mano, sin formar una misma combinacion dos veces. Así son mis ideas; míralas por el cristal de mis ojos cuando hablo, y, siendo pocas, no las verás repetidas en las vueltas que dan con mis palabras. Una sola imagen verás siempre, es verdad: pero ella es la tuya, y yo no tengo la culpa de tenerla constantemente delante de mi alma.

Te hablaré cuantas veces se me ocurra, de aquella mesa cubierta con tapete verde y hule ribeteado con trencilla; de aquel quinqué con pantalla deslustrada que ardía con poca luz y sobra de quemada mecha; de las butacas de gutapercha descascarillada, próximas al sofá acomodado con almohadones cubiertos con fundas de algodón tejidas á la mano: te hablaré de la sillita baja en que se acurrucaba mi anciana abuela para remover las escusas del brasero á cada instante; y, finalmente, traeré á la memoria la venerable figura de mi padre, descubierta su arrogante cabeza encanecida, ajustada la ropa que fué uniforme militar y era recuerdo de sus buenos tiempos, inclinado sobre la mesa, atenta su mano izquierda al cigarrro y su derecha distraida en la cajilla de fósforos, ó volviendo las hojas del libro que leía.

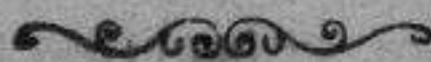
Nosotros hablábamos en voz alta unas veces, otras muy bajito, segun nuestras palabras eran ó no para nosotros solo.

Te hablaré de que entonces no estaba tan contenta de tí como lo estoy ahora. Entonces, cuando me decias muchas cosas, las oia yo viviendo de quien vivia muy cerquita de mí y llamaba á las puertas de mi sér, mas no dentro: hoy las escucho subiendo del corazon á la cabeza y sintiéndolas articularse en tus labios para volverse á mí de donde salen. Es de manera que ya has entrado en mí y tomado yo posesion tuya por donde tus ideas y mis palabras son mias, gustándome mas por ser cosa de mi propia vida.

Entonces sentia algo como si me oprimiesen fuertemente por los hombros apretándome el pecho cada vez que me decias con los ojos lo que hoy dicen tus labios; ahora se me dilata el seno cuando pongo mi cabeza al lado de la tuya, y, entornando mis párpados, como en este momento, vencidos por no sé que fatiga, te oigo decir con miedo de escucharlo..... ¡pobrecita!

I. LOPEZ LAPUYA.

Méjico.



Suscripcion á favor de un espiritista desgraciado.

Suma anterior, 18'50 pesetas.—De los espiritistas de San Sadurni de Noya, 16 id.—De D. Manuel Benedicto, 50 id.—De Lérida, 2 id.—De Tarrasa, 5 id.—De un amigo de los que sufren, 2 id.—De los espiritistas de Almonacid de la Sierra, 21 id.—De D.^a Enriqueta Garcia, 5 id.—Total, 119'50 pesetas.